

# RITUALES, CREENCIAS Y FESTIVIDADES CELTAS

*Arturo Sánchez Sanz*  
asblade@msn.com

Licenciado en Historia (UCM) y Máster en Historia y Ciencias de la  
Antigüedad (UCM/UAM).

## Resumen

A lo largo de la Historia, los druidas siempre han sido vistos como hechiceros que tenían un fuerte vínculo con la naturaleza. Depositarios del conocimiento ancestral dentro de la sociedad celta, dirigían toda la actividad religiosa como máxima autoridad vinculada a los dioses, practicaban sacrificios humanos y organizaban festividades como Imbolc, Beltaine, Lugnasad o Samain, etc. aspectos todos sobre los que trataremos en este artículo.

Palabras clave: Druidas, celtas, sacrificio humano, Beltaine, muérdago,

## *Abstract:*

Throughout history, the Druids have always been seen as sorcerers who had a strong bond with nature. Ancestral knowledge holders within Celtic society, directed all religious activity as the highest authority linked to the gods, practiced human sacrifices and festivities organized as Imbolc, Beltaine, Lugnasad or Samain, etc.. all aspects of which are discussed in this article.

*Keywords: Druids, celts, human sacrifice, Beltane, mistletoe.*

---

## I. RITOS PRACTICADOS POR LOS DRUIDAS

Los celtas creían en poderes mágicos que invadían todos los aspectos de su vida y su ambiente; de modo que, lo que les interesaba por encima de todo, era conjurar esos poderes mágicos para utilizarlos en su propio beneficio (ya fuera personal o grupal), a través de rituales, celebraciones, sacrificios, y recitando mitos o leyendas sagradas que, según creían, movían a las divinidades, por el pasado y por la memoria, a satisfacer las necesidades de los mortales. En cuanto a ello, nos tendremos que centrar en los textos clásicos e irlandeses<sup>1</sup> para ahondar en este tema tan interesante y que muestra un variadísimo elenco de ritos y celebraciones dentro del mundo celta. Sin embargo, nunca llegaremos a conocer todos ellos y ni siquiera, quizá, su verdadero significado; por lo que, en este trabajo, me dedicare a tratar brevemente los más conocidos de entre los que están atestiguados.

Cabe hablar, aunque de forma sucinta, sobre los textos mitológicos irlandeses en los que se basaba una buena parte de sus creencias y que han sido tan importantes para conocer determinados aspectos religiosos, sociales, etc. de la sociedad celta en aquel lugar. Así, el ciclo mitológico irlandés puede dividirse en cuatro grandes bloques: el primero sería el ciclo histórico-mitológico, compuesto principalmente por los textos llamados *Lebhar Gabhala* (“Libro de invasiones”), configurado como una historia mitológica de Irlanda, y *Dinnshenchas* (“Historia de Lugares”), referido a la geografía mitológica de Irlanda, tratando el principal tema de este bloque a los *Tuatha De Danann* (“Gente de la divinidad Danann”), quienes fueron considerados como los ancestros mitológicos de los irlandeses; el segundo es el ciclo de Ulster compuesto por mitos e historias de los guerreros del Rey Conchobar, donde el honor y prestigio que envuelven las muertes heroicas y el héroe Cuchulain (o Cuchulainn) son los protagonistas; el tercero es el ciclo Fenian que cuenta las hazañas de Finn Mac Cumbail y sus compañeros; y el último se refiere a la institución y fundación de los grandes y menores reyes de Irlanda. Siendo todos estos mitos celtas, y muchos más, puestos por escrito a través de los monjes irlandeses cristianizados.

Así, los druidas practicaban una especie de bautismo relacionado con algún tipo de rito iniciático, en el que el agua era el principal elemento purificador (reflejo ello de la importancia que tenía en las creencias celtas la veneración al agua). No obstante, parece que este era muy posterior al nacimiento, ya que cuando alguien nacía recibía un nombre provisional, hasta que realizase una hazaña, algo extraordinario por lo cual pudiese adoptar otro nombre que tuviese relación con dicha hazaña; de modo que, realizarían diversos rituales y ofrendas en dichos lugares. Pero otro tipo de rituales, según nos cuenta Varrón, estaban relacionados con caminar sobre brasas o ascuas ardientes; además de los lógicos rituales funerarios (en los que hasta se realizaban juegos para celebrar el renacimiento del fallecido, por lo que no se trataría de un momento triste sino todo lo contrario).

---

<sup>1</sup> HUTTON, Ronald. *Blood and Mistletoe: The History of the Druids in Britain*. New Haven, Yale University Press, 2009, pág. 1

También debieron ser numerosos los ritos funerarios. Las fuentes y los restos arqueológicos nos permiten saber que solían lavar el cuerpo del difunto y envolverlo en un sudario o sabana, siendo velado durante varias noches (parece que en mayor número según la importancia del fallecido); luego el cuerpo era colocado sobre unas andas cubiertas de matas verdes de rama de abedul y se depositaba en la tumba (aunque César contaba que los jefes eran incinerados junto a sus prisioneros y sus animales favoritos), mientras los druidas realizaban cantos y oraciones fúnebres (entre los que se incluían las alabanzas al difunto), acompañados frecuentemente del batir de palmas (previamente con una ramita de álamo median las tumbas, tarea mal considerada que sólo ellos podían hacer). Uno de los rituales más famosos y que nos ha llegado únicamente (y por tanto debemos mantener ciertas reservas sobre su veracidad) a través de Plinio el Viejo, es el relativo a la obtención del muérdago, “al parecer” tan apreciado para los druidas; conseguido de robles sagrados escogidos (crecía en las ramas más altas) y cortado con una hoz de oro en el sexto día de la luna (es decir, de noche), tras lo cual se sacrificaban dos toros blancos.

Conviene, por un momento, tratar aquí algunos aspectos relativos a la autoridad que se atribuye a los druidas dentro de la sociedad celta, muy relacionado ello con la necesidad que debieron tener aquellos de legitimar sus acciones, tanto en los ritos y celebraciones como en otros aspectos de la vida social celta. Así, quizá gran parte de dicha autoridad se deba a su posibilidad de imponer el *geis* (“obligación de prohibición” o “tabú”) para conferir autoridad a sus edictos, ya que se trataba de una prohibición dirigida a una persona en particular, la cual desde ese momento era rechazada por la sociedad, con todo lo que ello suponía. Incluso, podía morir, de modo que no se imponía a la ligera y los druidas eran los únicos capacitados para ello. Otro modo de ejercer la autoridad era a través del ayuno ritual o *troscad*, según el cual si la persona contra la que se está ayunando (que debía ser informada de ello por la que lo realizaba) ignoraba a la que ayunaba (que debía hacerlo delante de su puerta hasta que aquel aceptase un arbitraje de justicia con respecto al motivo de disputa), aquella sufriría horribles penalidades de origen sobrenatural (con ello muchas veces se conseguía justicia para elementos sociales de menor rango contra otros de rango superior o entre elementos del mismo rango, y servía para hacer valer los derechos de un individuo ya que podía ser realizado cualquier miembro de la sociedad celta).

Entre los cometidos de los druidas ya se ha explicado que se encontraban los aspectos esenciales del culto y de los ritos, pero sobre ello, como siempre se debe recurrir en mayor medida a los datos (intentando despojarlos de todo elemento imaginario o exagerado) aportados por los textos irlandeses; pues de los celtas continentales apenas se nos han llegado algunas referencias. Se ocupaban de la muerte, pero también del principio de la existencia a través del comentado “bautismo” constatado en Irlanda, pero se sabe que los celtas continentales y los germanos sumergían a sus hijos nada más nacer en las aguas del algún río, como el Rhin, pero no parece que fuera necesaria la implicación de elementos acuáticos. Durante el proceso se elegía el nombre del recién nacido, a partir de una circunstancia notable o particularidad (la elección era importante y se remonta a

los indoeuropeos, muchos de ellos muestran que su elección no provenían de una mentalidad desacralizada, quizá porque se entendía que a quien no se le adjudicaba ni existía ni nunca existiría), y parece que en ese mismo momento profetizaban su futuro incluso a largo plazo.

Con respecto a los presagios y las adivinaciones (a los que los celtas, como otros pueblos, eran muy sensibles), ello se relaciona con lo anterior en la medida en que cualquier nombre atribuido a un ser humano, paraje o ciudad, normalmente dependía de un presagio o signo divino manifestado ante, o provocado por, un druida. Así, en lo que se refiere al vuelo o aparición de casi cualquier tipo de aves, tanto los celtas insulares como los continentales entendían a éstas como un presagio relacionado con la divinidad (el cuervo era considerado el pájaro divino por excelencia, pero en Irlanda, los pájaros mensajeros del Mas Allá eran los cisnes), pues se creía que pertenecían al Otro Mundo; aunque parece que fueron más importantes sus voces que su forma de volar, y no todos los pájaros sirvieron por igual para las predicciones que, por otro lado, eran difíciles de definir al ser diversos sus aspectos y métodos.

Así, y a pesar de que toda palabra referida al futuro de un miembro de la clase sacerdotal (ya fuera en forma de sátira, amenaza, etc.) tenía pleno valor adivinatorio, dichas predicciones se basaban en procedimientos que sólo a veces se estructuraban como rituales organizados y que, en nueve de cada diez casos atestiguados, cumplían un servicio político o militar (altos cargos políticos y sociales recurrían al poder adivinatorio de los druidas para saber el futuro, tanto de determinados acontecimientos como de su propia vida) y el restante se debía a la intervención del propio druida por razones religiosas o personales. Por tanto, la adivinación no se realizaba en base a la interpretación de un prodigio (lo cual habría dificultado esta práctica por lo escaso, en la vida cotidiana, de dichos acontecimientos frente a la abundante demanda), a no ser que este sea provocado por el propio sacerdote. Sobre la adivinación, curiosamente, aunque la cualidad sacerdotal exigía la integridad física, uno de los atributos varias veces mencionados y relacionados con los sacerdotes adivinos era la ceguera, entendida esta como un refuerzo sobrenatural de la videncia (y que en algunos casos aparece en los textos irlandeses como mutilación voluntaria provocada por los mismos druidas a modo de iniciación), que marcaba a aquellos que eran considerados más dignos de interrelacionar con los seres divinos.

En base a ello, los autores clásicos parecen unánimes a la hora de reconocer la experiencia, fama y veracidad de los celtas en el arte augural, cuyos sacerdotes, a propósito de la *geis*<sup>2</sup>, parece que desde el comienzo de su existencia, imponían (en su condición de representantes de los poderes divinos) a cada individuo un complejo conjunto de conminaciones, prohibiciones y obligaciones, según las circunstancias de su nacimiento y “bautismo”. Así, en el caso de los guerreros, los textos irlandeses nos aportan varios *geis* que debían regir la vida militar como: no evitar el combate, no meterse en política, no ceder ante la

---

<sup>2</sup> Sustantivo irlandés femenino que se podría traducir por “interdicto”, pero que poseía varios significados: negativamente se refería a una prohibición religiosa o legal, positivamente se refería a una conminación o exigencia, y religiosamente hacía alusión a un hechizo o encantamiento.

seducción femenina o levantarse temprano; parece que, pocas veces se establecían a nivel colectivo y no afectaban a los druidas siendo, en numerosas ocasiones, su principal receptor el rey, quizá por su posición, atribuciones e importancia social como garante y mantenedor de la prosperidad y de la organización social. Aunque fueran difíciles de seguir rigurosamente, muchas veces se entendía que muchos accidentes se debían a la imposibilidad de respetar dos interdictos contradictorios.

Así, se podría decir que las *geasa* (plural de *geis*), como interdictos o prohibiciones que aparecen abundantemente en los textos irlandeses, eran utilizadas por los druidas (quienes también eran los encargados de administrar y dar a conocer a la población el aspecto negativo de lo Sagrado), no sólo para ser obedecidos en sus disposiciones, sino también para obligar a los miembros de la clase militar a someterse en base a unas reglas de vida relacionadas con los ámbitos que les competían. De este modo, la *geis* tenía fuerza de ley civil y religiosa, no pudiéndose ignorar so pena de grandes males que acontecerían al infractor por sus actos, a excepción de quienes, en circunstancias excepcionales, los eludían por medio de subterfugios jurídicos, ya que la sabia prudencia de los legisladores establecía límites legales a las imposiciones de los *geasa* extravagantes o exagerados que no podían ser respetados por ello. Por lo que, los *geasa* lícitos sólo eran peligrosos si se violaban y el resto podían ser anulados legítimamente por los druidas; estos eran proclamados verbalmente (en base al carácter sagrado de la palabra) y podrían entenderse también como algo necesario para el mantenimiento del equilibrio que debía existir entre la sociedad humana y el trasfondo sagrado de la realidad cotidiana.

Con respecto a los juramentos, en base a su forma oral, dependían de la palabra y también de la *geis* (aunque el druida no tenía porque intervenir en ellos necesariamente); pues esta se vinculaba al juramento y le otorgaba más fuerza; así, nuevamente los textos irlandeses nos aportan más datos sobre este particular donde, mediante una fórmula sencilla que aparentemente no varió a lo largo de los siglos y donde se invocaban determinados elementos (agua, aire, fuego, etc.) como testigos de éste y su quebrantamiento provendría, pues, de dichos elementos. También se realizarían juramentos apelando a uno (más usualmente) o varios dioses (tampoco con la necesaria participación druídica, aunque relacionado con sus funciones, y encargándose los dioses en este caso de infligir el castigo adecuado a su incumplimiento), o sin ni siquiera mencionar ni a dioses ni a elementos, pero siempre eran formulados en base a circunstancias fuera de lo ordinario.

La magia vegetal y a la medicina mágica, según parece, eran un símbolo importante pues se trataba de especialistas en medicina. Los druidas conocían y podían emplear si era necesario, tanto medicina mágica como vegetal (o ambas); la magia vegetal fue muy importante en el mundo céltico, pero sobre ello es difícil distinguir los verdaderos rituales mágicos empleados por los druidas del folclore y la leyenda asociados a ellos. Plinio es uno de los autores clásicos que nos hablan del ritual mágico-medico de la famosa recogida del muérdago y de sus propiedades (la planta que todo lo sanaba), donde nos habla también del sacrificio de toros que se le asociaba y que, extrañamente, se utilizaba preferentemente en los rituales de entronización o elección real. Quizá ello se deba a que el muérdago

estaba relacionado con el simbolismo de los deberes que se esperaba cumpliera el rey; pero, en cuanto a la fecha de la ceremonia (probablemente a principios de noviembre pero desconocemos si se haría durante las horas diurnas o nocturnas, pues no lo dice pero la implicación de la luna y el hecho de que los celtas contaban el tiempo por noches quizá nos acercan más a la segunda opción) y a la situación de la luna creciente, parece relacionarse también con el Otro Mundo.

Por lo que, en realidad, a ciencia cierta quizá sólo se podría extraer de Plinio que se trataría de una ceremonia solemne, en el que la famosa hoz de oro actuaría (de haber existido) más como elemento ritual que práctico. Pero Plinio también nos habla de los rituales de recogida de otras plantas como el selago y el samolus; así como las funciones medicas que a éstas se asociaban. Mostrando ello que parte de la medicina drúidica se basaba más en la credulidad de sus usuarios que en la verdadera eficacia.

Sobre las plantas medicinales, estas fueron muy utilizadas por los celtas pero apenas sabemos nada sobre ellas ni cómo las preparaban, excepto que podían elaborar elixires o licores con diversas funciones terapéuticas y medicas (como el elixir del olvido que mencionan las fuentes irlandesas); pero también existiría la medicina encantatoria, basada en la creencia del afectado en las dotes mágicas de los druidas; e incluso se empleaba la música, que bien ejecutada debía tener la capacidad de producir en el oyente un sueño reparador; esta era realizada por arpistas profesionales que, en base a que la música era considerada como una técnica, formarían parte de la clase sacerdotal.

Nuevamente se relata en los textos irlandeses, y parece que también creerían en ella los celtas continentales, pero siempre ligado a lo maravilloso, la existencia de una especie de “fuente de la salud” (pudiendo esta tratarse tanto de una fuente, lago o manantial, como de un río o arroyo) a la que se otorgaban propiedades sanadoras (relacionadas con las plantas que serían las que conferirían sus virtudes terapéuticas). Se dice que podía resucitar a los muertos (si en la acción intervenían los dioses o los druidas) y tanto rejuvenecer como curar las enfermedades de aquellos que la utilizaban, sin intermediación drúidica ni divina (no otorgaba la inmortalidad); siendo esta más eficaz si, durante la inmersión, se echaban en ella los llamados “frutos del Otro Mundo” (posiblemente avellanas o nueces).

Existían diversos tipos de árboles relacionados, de un modo u otro, con las prácticas drúidicas (como el roble, el serbal, el avellano, el tejo y el manzano). La etimología creativa que Plinio hizo del nombre de los druidas hizo que se diera al roble un carácter religioso exclusivo; pero, aunque parece cierto que éste se situaría en la cumbre de la jerarquía vegetal (tanto en Irlanda como en la Galia) como representación visible de la divinidad, no era la única especie arborícola que los druidas utilizaban para diversos fines (aunque estas especies variarían en importancia entre ambos lugares), ya que el tejo era empleado para encantamientos y adivinaciones (la madera tenía valor adivinatorio mediante tablas, dados, etc.), el serbal para operaciones mágicas, el avellano para los sorteos (pues era considerado como el árbol de la ciencia y el consumo de su fruto provocaba el conocimiento) o incluso el fruto del manzano (cuyo fruto se asociaba al Otro Mundo, asociado a la inmortalidad, la ciencia y la sabiduría) servía para

contactar con el Otro Mundo y una rama con tres manzanas era símbolo de la majestad real. Así, la madera de determinados árboles era utilizada también para realizar sorteos, determinar el culpable de un delito, calcular indemnizaciones, etc. o tomar decisiones en base a sus dictados tras ser esta “echada” por los sacerdotes druidas (y dentro de estos por la rama especializada de los poetas juristas o *brithem*).

Según se desprende de los textos irlandeses, los druidas (cualquiera que fuese su especialidad) podía dominar los elementos, siendo considerados como “señores del agua y el fuego”; así, bajo el control de un druida, el agua podía ser lustral<sup>3</sup>, fecundadora y sanadora (aunque parece que existía un agua tan pura que quemaba, llegando a provocar la muerte, en lugar de curar), y su asociación a los druidas se explica en base a que este elemento es el medio de paso habitual hacia el Otro Mundo. En cuanto al fuego, este elemento también era controlado a voluntad (según explican estos relatos) por los druidas, el cual parece que podía ser utilizado tanto con fines maléficos como benéficos; siendo el más poderoso aquel cuyo ritual para su control hubiera sido realizado con mayor meticulosidad por el druida. En el caso de la Galia, los relatos de César, Diodoro o Estrabón sobre los sacrificios humanos a través de la quema de una especie de jaula de madera podrían referirse a la relación de este elemento con los druidas en cuanto a su uso religioso y su importancia con respecto a las cuatro fiestas más solemnes y anuales del calendario celta (destacando en Beltaine, el primero de mayo).

Pero no sólo estos dos elementos esenciales eran manipulados por los druidas, ya que también lo era el viento; éste parece que mediante encantamiento podía soplar en la dirección que le indicaran los druidas e incluso convertirse en tempestad. Pero, en los textos irlandeses, también se menciona otra forma de encantamiento relacionada con el viento y conocida como el “soplo druídico”, mediante el cual podían crear ilusiones o transformaciones (tanto transitorias como definitivas) en aquellos a quienes alcanzaba, o también de la “niebla druídica” que podía ser utilizada para paralizar los movimientos de los humanos o para ocultarlos a los ojos no deseados. Igualmente sucedía con la tierra, pudiendo estos provocar hundimientos, terremotos, etc. si les era necesario.

Existían también otro tipo de acciones mágicas realizadas por los druidas míticos; así, la literatura irlandesa antigua detalla detalles de aplicación de encantamientos o adivinaciones llevados a cabo por los druidas que, junto con muchas predicciones, se realizaban de forma cantada, en base al riguroso respeto de la tradición oral. Uno de los más eficaces y frecuentes es el llamado *glam dicinn* (“grito”, “maldición improvisada o extrema”), cuyo encantamiento basado en la magia del verbo sagrado tenía tal poder que no escapaban ni los reyes y sus efectos eran inmediatos. Parece que podía haber tres categorías (al menos) entre los *glam dicinn*, con efectos probablemente diferentes.

En cuanto a las prácticas adivinatorias, el texto irlandés conocido como Glosario de Cormac, nos habla de una llamada *imbas forosnai* (traducido, quizás erróneamente como “ciencia que humilla”), la cual no necesitaba de ningún

---

<sup>3</sup> El agua lustral era aquella con que se rociaban las víctimas y otras cosas en los sacrificios gentílicos.

complicado rito (aunque si un sacrificio animal) ni de la entrada en trance por parte del druida; ya que las palabras utilizadas lo abarcaban todo por su importancia primordial. Éste se podía realizar o cantando sobre un trozo de la carne de la víctima o realizando una invocación sobre sus propias manos, que les hacía entrar en un sueño revelador. También se menciona otra, igualmente antigua, llamada *dichetal do chennaib cnaine* o “encantamiento mediante las puntas de los huesos”, entendidos estos últimos como los dedos), el cual sería aún más fácil de realizar que el anterior, ya que bastaba con tocar el suelo (o si se trataba de un ser vivo, ponía las manos sobre la cabeza) o el objeto para descubrir el conocimiento secreto que contenía.

Otro tipo de encantamientos (de los cuales debieron existir muchos más aparte de los que mencionan las fuentes) lo compondrían algunos como el *teinm laegda* o “iluminación del canto”, en el que se alcanzaba un estado alterado de conciencia entonando o cantando una palabra reiterativa (generalmente, una invitación a los Dioses), o a través de la danza y las palmas, que servía a los druidas para llegar a saber algo que les interesaba y que desconocían. Así, los métodos eran diversos y se podía realizar mediante la colocación de varillas sobre un objeto, animal, cosa o persona sobre el cual querían saber algo o metiéndose el pulgar en la boca para después recitar el encantamiento y ofrecer un sacrificio a las divinidades. También se conoce el *dlui fulla*, mediante el cual se lanzaba una brizna de paja a la cara de la persona elegida para que, recitando el encantamiento esta se volviera loca; pero muchos de ellos parece que podían servir, también, incluso para provocar la muerte de alguien (como el *briamon smethraige*, consistente en tocar el lóbulo de la oreja de alguien para que pereciera instantáneamente), lo cual también podrían realizar mediante la elaboración de venenos, ya que sus amplios conocimientos botánicos se lo permitirían sin problemas. Es curioso el encantamiento conocido como el “nudo de los druidas”, según el cual este sortilegio servía para crear una especie de barrera que abarcaría un determinado territorio y que sólo podría ser atravesada por los druidas o si se cumplían determinadas condiciones (lo cual, de ser cierto, les habría venido muy bien a los druidas de la Galia contra los romanos).

Es mencionado también en los textos irlandeses el llamado *feth fiada*, traducido como “don de la invisibilidad de los dioses del Otro Mundo”, pero que en realidad se referiría más bien a una especie de “bruma o velo de ciencia” según la traducción más aproximada, que les permitiría verse entre ellos y a los seres de este mundo pero no ser vistos por los humanos si ellos no querían, por lo que parece un encantamiento cuyo secreto fue celosamente guardado. También podían crear una especie de seto infranqueable mediante magia (más frecuentemente maléfica que benéfica), por lo que se trataría de un obstáculo mágico más que material, pero poco más se explica de él en los textos irlandeses.

En este ámbito, y aunque no se trataría realmente de encantamientos, existían también las ordalías (término latino), entendidas como rituales (establecidos y regulados) a modo de prueba jurídica mediante la que se dictaminaba, atendiendo a supuestos mandatos divinos y a través de objetos utilizados como talismanes, la inocencia o culpabilidad de una persona o cosa acusada de pecar o de quebrantar las normas jurídicas establecidas. Ayudarían a

que se manifestara la verdad y contribuirían a la administración de justicia, por lo que estarían, seguramente, dentro del ámbito de actuación de los druidas. Los textos irlandeses nos enumeran las diez más celebres de ellas (como “las varitas de Sencha” o “el caldero de la verdad” y muchas están abundantemente descritas, pues nos hablan de su actuación en dos niveles: el primero sobre la culpabilidad o inocencia del acusado y el segundo sobre pertinencia o no del juicio; estando tanto el juez como el reo sometidos a su dictamen y siendo las partes del cuerpo sometidas a la ordalía muy limitadas (la lengua y la mano, quizá porque la lengua se hubiera utilizado para mentir y la mano para actuar incorrectamente; pero también el cuello o la pierna).

En cuanto a los funerales, los textos irlandeses atestiguan, en numerosas ocasiones, las lamentaciones fúnebres que los druidas (como intermediarios de los dioses y los hombres, y garantes del correcto paso del difunto al Otro Mundo, actuando siempre en todas las circunstancias notables de la existencia humana, desde el comienzo hasta el fin de esta) realizaban en los funerales de un héroe, en nombre de todos, y que debían ser repetidas en cada aniversario, acompañados de juegos fúnebres (quizá por la existencia de estos tuvieron, mas tarde, tanto éxito los juegos gladiatorios entre los galos) en su honor. Probablemente, consistían en combates singulares (sólo en el caso de grandes personajes que pudieran permitírseles, ya que los miembros del pueblo tendrían unos funerales bastante más modestos). Sobre ello, contamos con algunos datos de autores clásicos como Cesar, que nos habla de la suntuosidad de los funerales y de un ritual de incineración en el que participaban determinados objetos asociados al difunto junto con animales e incluso esclavos y clientes de aquel (ya que se entendía que estos pertenecían al difunto y quizá por ello no podían perpetuar su vida más allá de la de aquel); aunque la inhumación también existía en la Galia y siempre realizándose antes un ritual en el que se lavaba el cadáver en un río.

Por tanto, las técnicas rituales y mágicas empleadas por los druidas, están relacionadas, casi siempre, con la importancia de sus palabras, pues interpretan o crean los signos mediante la magia verbal a través de adivinaciones o encantamientos. Las predicciones (vistas por los druidas como una ciencia exacta) forzaban la consecución del suceso, que no se produciría, por tanto, mediante causas fortuitas, y eran más utilizadas en cuanto a cuestiones políticas (reclamadas por un rey o una reina para conocer un futuro cercano o lejano que podría ser tanto favorable como desfavorable) o militares (predecir el resultado de una batalla), no pudiendo el druida cambiar el curso de la predicción una vez dictada.

En base a los datos que aportan Estrabón y Diodoro, la clase intelectual celta en la Galia estaba compuesta por druidas, bardos y vates. Se sabe que los bardos eran poetas cantores que recibían gloria, honores y beneficios por su trabajo; pero que también, posiblemente, se encargaban tanto de las alabanzas (a los poderosos de los que dependía y en especial al rey, con el cual estaban más estrechamente ligados y del que destacaban aspectos físicos, intelectuales, etc.) como de las reprobaciones (a los enemigos de aquellos e incluso a ellos mismos si su conducta no era la correcta, aunque al depender del rey, estas serían menos frecuentes), representadas a través de las sátiras (las cuales, al contrario que las alabanzas, sí podían ser escritas en Irlanda, realizándose como encantamientos

cantados y rimados). Para ello utilizaban metros poéticos (no se trataría nunca sólo de poesía, sino del poder de la palabra emanada de un miembro de la clase sacerdotal) que aunaban maldad, humor e ironía, y eran utilizadas como constatación de una verdad y una búsqueda de justicia (frente a un individuo o grupo humano que debía ser expresamente nombrado), por lo que su uso indebido por un druida le podría acarrear serias consecuencias mágicas y judiciales<sup>4</sup> (ya que su palabra solía ser garantía de veracidad, al entenderse que siempre buscaba ayudar al rey en todas las facetas y por ello era una falta grave hacer abuso de dicha credibilidad intrínseca), debiendo ser siempre recitada o cantada ante su protagonista y pudiendo esta ser utilizada por los druidas como medida amenazante ante la actuación incorrecta de un soberano (pudiendo costarle incluso el trono a él y a sus descendientes, tal era el peso de la palabra druídica).

Eran tan importantes e influyentes los designios de los druidas que no debían ignorar nada acerca de aquello que les competía, si esperaban seguir disfrutando de su condición y credibilidad; por ello, si no sabían algo debían hacer todo lo posible por averiguarlo para así actuar correctamente en base a ello y trabajar con datos exactos y autenticados. De igual modo que en sus relatos o poemas tradicionales, no podían ni inventar ni añadir ningún elemento, ya que éstos le han sido transmitidos tradicionalmente bajo una forma aceptada.

Así pues, parece que la mentalidad celta se basaban en una concepción sistemática y armoniosa del mundo, una noción de equilibrio y armonía en la que debía asentarse el territorio y aquellos que lo poblaban. Dichos parámetros se expresaban a través de rasgos sagrados que, geográfica y temporalmente, se reunían en un momento y lugar central en el que el perfecto soberano gobernaba adecuadamente (en los tiempos míticos y siendo, por ello, un rey del mundo perpetuo), tratándose de una concepción cósmica de la realeza que debieron creer tanto los celtas insulares como los continentales, gracias a las enseñanzas druídicas. En el caso de la Galia, esta interpretación no se cernía a un sólo individuo, sino a todo un pueblo, el de los bituriges, que habitaba el centro geográfico del mundo galo, junto al de los carnutes, donde César lo ubicaba (se desconoce si ello se debe a un desplazamiento de ese lugar sagrado, por razones políticas o si, como en el caso de Irlanda, este centro simbólico se dividía en dos polos vecinos) y cuya zona fue llamada en época romana Autricum y Carnatum, situada a unos ochenta kilómetros al suroeste de la actual París. Así, la noción religiosa celta de un centro sagrado era fundamental en el sistema de creencias y, quizá por ello, las cuatro naciones más poderosas de la Galia eran las que disfrutaban de una posición geográfica más céntrica (carnutes, bituriges, arvernos y heduos).

En Irlanda parece que sucedía lo mismo, y se estableció una provincia central llamada Mide (Meath), que englobaba una porción de terreno de cada una de las cuatro provincias iniciales, la cual, como punto ideal, estaba cargada de un intenso simbolismo. En estos centros simbólicos, se entendería legítima la instalación y existencia de un santuario o *nemeton* especialmente cargado de energía sagrada por encontrarse en dicho lugar; pero, se debe entender que lo

---

<sup>4</sup> Julio César. *De bello gálico*. VI. 13–18.

sagrado era el lugar y no las edificaciones (sacras o no) que se levantaran en el (provisionales o definitivas). Con respecto a los llamados “bosques sagrados”, estos *nemeton* (cuya palabra parece ser de origen indoeuropeo y hace referencia a un santuario, que Frazer juzga como idéntica en origen y significado a la latina *nemus* o bosque abierto) estaban frecuentemente ligados a elementos forestales que crecían en ellos y que, por tanto, adquirirían así el estatus de sagrados (tejo, roble, etc.) y primordiales. Sus frutos (bellotas, nueces, manzanas, etc.) eran igualmente considerados mágicos, pues la bellota era el alimento preferido de los animales sagrados, mientras que las manzanas hacían ineficaz la magia druídica.

## II. LOS SACRIFICIOS HUMANOS

Otro de los ritos llevados a cabo por los druidas, y que ha dado más que hablar entre autores clásicos y posteriores, fue el rito del sacrificio humano (aunque en lo relativo a Irlanda no parece que haya huellas precisas de su realización) Es mencionado por César<sup>5</sup>, Estrabón<sup>6</sup> o Suetonio<sup>7</sup> (quienes quizá se basaron en Posidonio), aunque no parece que en ellos se indique expresamente que el sacrificio era llevado a cabo por los druidas, sino que debían estar presentes, quizá para que el acto se llevara a cabo de forma correcta y fuera aceptado por los dioses. En base a ello, es posible que dicho sacrificio fuera ejecutado por los vates, que eran quienes tenían asignada esta tarea normalmente; a pesar de lo cual, se trataría muy probablemente de acciones pocas veces materializadas (sólo quizá cuando los intereses del Estado, el pueblo o el rey estaban en peligro), y siempre con un carácter oficial y solemne (convirtiéndose estos en un pretexto perfecto para las calumnias que muchos autores clásicos lanzaron sobre los druidas y la sociedad celta) donde, parece que, los ladrones, salteadores o prisioneros de guerra que eran utilizados preferentemente como víctimas (aunque según César si no se disponía de ellos se utilizaban inocentes), no sólo cumplían con un ritual religioso, sino que desde el punto de vista jurídico, pagaban con su sangre la indemnización que con sus actos no habían podido pagar de otra manera.

Con respecto a ello, existían diversos tipos de ritual según se sacrificara una sola víctima o varias (siempre parece que con la finalidad de aplacar a los dioses pues entendían que el sacrificio humano los satisfacía plenamente), en uno de ellos se golpearía al sacrificado con una daga hasta matarlo, y en otra se construían estructuras de ramas donde metían a los individuos, quienes es posible que a veces se presentaran voluntarios (como sucedía en los rituales funerarios donde se arrojaban al fuego o se batían en honor y beneficio del difunto) para posteriormente prenderlas fuego. Ello evidencia la existencia de tres niveles funcionales en este sentido: los no sangrientos en el plano sacerdotal (ahogamiento, inmersión, cremación, etc.), los sangrientos en el plano guerrero (o muerte por cualquier tipo de arma), así como líquidos y vegetales en el plano de la función productora (oblación y libación); siendo los druidas quienes se

---

<sup>5</sup> *De bello gallico* VI.16, 17.3-5

<sup>6</sup> IV, 4, 5.

<sup>7</sup> *Claudio* 25.

encargarían de su cumplimiento y de su correcta realización. Mucho más frecuentes y también atestiguados por los autores clásicos (con mayor benevolencia que los humanos), fueron los sacrificios de animales.

Así, éstos nos ofrecen numerosa información sobre dicha práctica atribuida a los celtas, pero curiosamente, nada de ello aparece mencionado en la literatura celta realizada por los monjes cristianizados en época posterior, salvo alguna vaga mención cuya interpretación es incierta y que, en todo caso, parece que se referiría a prácticas realizadas muchos siglos antes de que los propios clásicos escribieran acerca de las costumbres y gentes celtas; por lo que, quizá, se trató de una justificación utilizada por los romanos para defender su invasión de las tierras celtas para llevar a aquellos personas la “civilización”. A pesar de ello, en un pantano cerca de Manchester se han localizado los restos del llamado “Hombre de Lindow”, al cual se le atribuye una antigüedad de c. 2.200 años y se le tiene, por algunos expertos, como una víctima de sacrificio humano celta, ya que fue aporreado a garrotazos, le cortaron la garganta y le arrojaron a una piscina de agua, encontrándose en su estomago un pedazo de torta quemada, la tradicional última comida de las víctimas de sacrificios celtas; la complejidad del ritual hace pensar a algunos arqueólogos que fue tal vez un druida, aunque la ausencia de cicatrices (exceptuando las del ritual) quizá lo relacione más con un noble, en vez de un guerrero.

### III. LAS FESTIVIDADES CELTAS

Quizá por ello se podría decir que, para los celtas, los bosques y los templos eran equivalentes en cuanto a lugares sagrados y, por tanto, asociados a los druidas (Lucano nos dice que vivían, enseñaban y oficiaban en ellos, quizá no porque se hubieran tenido que esconder allí, sino por el mero hecho de que eran sagrados); además de estar muy presentes y asociados a diversos aspectos de la vida celta (mediante la utilización de etnicismos como en el caso de los eburones “hombres del tejo”, emplazando en ellos grandes santuarios o incluso incluyéndolos dentro de los mitos) y tanto en Irlanda como en la Galia parece que siempre había un bosque sagrado cerca de una residencia real.

Así, los árboles delimitaban lugares sagrados que eran utilizados por los celtas para asambleas y reuniones, entre las que se encontraban las cuatro fiestas (entendidas como punto de equilibrio y encuentro entre lo humano y lo divina) más importantes del calendario (nuevamente se aprecia la importancia de este número utilizado también para la formación de las provincias y con ellas del lugar central sagrado), que se celebraban en diversos lugares consagrados y en las que se realizaban tanto ceremonias como juegos, etc. Curiosamente, siempre se llevaban a cabo cuarenta días antes de la estación a la que parecían dar comienzo, y por tanto, muy relacionadas también con los ciclos. Estas eran: *Imbolc* (el uno de febrero y asociada a la primavera), *Beltaine* (el uno de mayo, asociada al verano o estación clara), *Lugnasad* (el uno de agosto y asociada al otoño) y *Samain* (el uno de noviembre, asociada al invierno o estación oscura y verdadero comienzo del año, porque inauguraba el tiempo en que la noche predominaba); de forma que no eran exactamente equinocciales ni solsticiales. Parece que el

carácter sagrado de estas fiestas confería ciertas imposiciones divinas a los pactos o decisiones que se tomaban en ellas, siendo su transgresión considerada como merecedora de la pena capital.

En cuanto a Imbolc, cuya etimología se refiere al inicio de la estación de lluvias, apenas tenemos datos sobre sus características, pero parece claro que estaría relacionada con la fecundidad y se entendería como una fiesta lustral, en base a los rigores que se habían padecido durante el invierno y por ello llamada la “fiesta de Brigit”, pues dichos elementos estaban asociados a ella. Por su parte, y como ya se ha mencionado, una de las fiestas más importantes para los celtas fue Beltaine (cuyo significado sería “fuego de Bel”, pero se desconoce si este se refería al dios galo Belenos o si se trataba de un sobrenombre de Lug en su aspecto luminoso y en oposición al Lug en su aspecto oscuro de Samain), que marcaba el comienzo del verano y en la que parece que se encendían diversos fuegos sagrados como exaltación de este elemento. Lógicamente, los druidas se encargaban de velar, no sólo en Beltaine sino en todas estas fiestas, por su correcta realización de acuerdo a los aspectos sagrados que se la atribuían (es posible que, incluso, fuera en mayo o junio cuando se organizaban, por parte de los celtas, los sacrificios humanos relacionados con el fuego).

En cuanto a Lughnasad, esta era considerada como la fiesta del rey y su traducción más correcta se referiría a “asamblea (en honor) de Lug” (en Irlanda se celebraba en Taltiu, la porción de territorio que una de las cuatro provincias en que se dividía Irlanda había cedido para la formación de Mide) y por ello honraba su aspecto regio; así pues, se trataba de una fiesta obligatoria con un carácter protector que garantizaba la paz y la abundancia para el pueblo celta durante el resto del año. En ella participaban todas las clases sociales (por lo que durante su realización, bien pudieron dirimirse asuntos políticos entre gobernantes) y participando en juegos, mercados, celebración de matrimonios (temporales o definitivos), carreras o concursos de poesía, etc. que se realizaban en ella (no así combates singulares como en los funerales, ya que se acudía sin armas y durante su transcurso se establecía una tregua entre los distintos pueblos celtas) y en la que los druidas actuaban como meros espectadores o a lo sumo en su faceta de poetas, cantores, etc. pero no en cuanto a lo religioso, ya que Beltaine era la fiesta sacerdotal y Samain la fiesta militar, por lo que esta se situaba entre ambas.

Sobre Samain, de ella nos han llegado numerosos documentos que nos hablan de diversos aspectos que se desarrollaban durante su celebración. Etimológicamente se refería a una reunión que marcaba el fin o recapitulación del verano (o el inicio de un nuevo año, no perteneciendo este día ni al anterior ni al nuevo y por ello asociado al Otro Mundo del que estarían más cerca en ese momento), y parece que en Irlanda se celebraba en la provincia central y congregaba a los habitantes de las cuatro provincias. Era la fiesta celta más importante y por ello era la fecha casi obligada de todos los acontecimientos míticos o épicos (tanto de los dioses como de los reyes y héroes), pues era una fiesta de obligación y de universalidad imperativa. En ella se formaban asambleas que creaban leyes anualmente y se celebraba un gran banquete real y militar (donde sólo participaban los hombres, aunque es posible que las mujeres lo hicieran en una sala contigua) que servía, además de para festejar el momento,

para clausurar la temporada bélica. En ella la violencia y el robo estaban prohibidos y eran severamente castigados (incluso con la muerte), ya que debía primar la paz y la armonía durante la celebración. Cada clase realizaba un cometido durante la fiesta, de modo que los druidas dirigían el festín en base a las normas tradicionales, se encargaban de los sacrificios y de las ceremonias religiosas (en Irlanda, durante las vísperas de Samain todos los fuegos del territorio debían apagarse), y formaban la asamblea legal, los guerreros participaban del festín y el resto de la gente disfrutaba de la fiesta por su cuenta.

Para los celtas, el tiempo humano y el tiempo mítico se consideraban completamente distintos, y su conocimiento era una de las tareas de los druidas; así, César nos informa de que los celtas lo contaban en noches, ya que la noche precedía al día y no al revés como era lo habitual (ello sucedía tanto en la Galia como en Irlanda), ya que se decían hijos de Dis Pater (deidad romana que, por sus características similares, era empleada en los escritos clásicos para describir a la deidad celta equivalente) o el dios de la noche, donde esta daba a luz al día. En este sentido, es indudable la importancia del calendario de Coligny para el conocimiento de éste dentro de la concepción gala. Se trata de un calendario luni-solar previsto para cinco años y cuya unidad de tiempo se basaba en la noche, mientras que la disposición de los meses y años coincide con los siglos druidicos de treinta años que nos relata Plinio.

Su finalidad exclusiva era religiosa, ya que el tiempo y su medida, que rigen la vida de los hombres, de los astros, de las estaciones, etc. dependían de los dioses y, en base a ello, de sus intermediarios como eran los druidas (el dios de los druidas irlandeses llamado Dagda era el dios del tiempo cronológico y meteorológico, por lo que bien pudo tener las mismas atribuciones el de los druidas galos), que lo utilizaban también para determinar las fechas litúrgicas y marcar tanto los días buenos (*mat*) como los malos (*anmat*). Así, la existencia de este calendario prueba la afirmación de César sobre la habilidad y conocimiento de los druidas en lo que se refería a la astronomía y a las matemáticas.

#### IV. EL CONOCIMIENTO ANCESTRAL

A pesar de los relatos clásicos y de los textos irlandeses, se desconoce la mayor parte del cuerpo doctrinario que debieron impartir los druidas durante un tiempo de estudio tan largo como el que llevaban a cabo (se creemos a César, entre otros), ya que dicho saber no fue puesto por escrito y no contamos con ningún texto que nos ofrezca un conocimiento directo de dichas doctrinas. Para los celtas, la escritura no era un medio de transmisión o de enseñanza, sino de fijación. Los celtas sí que escribían (aunque con caracteres prestados, para realizar textos epigráficos, etc. e incluso cartas a los muertos que lanzaban a las hogueras funerarias, según Diodoro) y por tanto los druidas también pudieron hacerlo, pero no para plasmar su doctrina, sin que ello quiera decir que fuera cierta la afirmación de que les estaba prohibido, ya que de ser así no nos habrían llegado inscripciones celtas.

Por tanto, la doctrina de la oralidad que parecían promulgar los druidas (insulares y continentales) quedó al margen de las influencias externas (griegas,

romanas, etc.) en lo que al empleo de la escritura se refiere (por lo menos que sepamos hoy en día), por lo que, aunque supieran leer y escribir, sólo la utilizaban, religiosamente hablando, en casos excepcionales. El propio César se contradice cuando nos explica, por un lado, que ello podía deberse a que los druidas no querían que los miembros de las demás clases tuvieran acceso a sus conocimientos, mientras que, en otro pasaje, indica que cualquiera podía comenzar las enseñanzas drúidicas (siempre que poseyera las cualidades necesarias para alcanzar tal grado de conocimiento), por lo que no se trataría de una ciencia secreta.

En el caso de los celtas de Irlanda, éstos tuvieron, antes que el alfabeto griego o latino los *ogham*, un tipo de escritura especial que llegó a ser utilizada hasta el s. VII d.C., consistente en muescas o rayas horizontales u oblicuas, trazadas a ambos lados de una línea vertical en forma de raspa de pescado, sobre una piedra. Se desconoce su origen, pero si se sabe de su adaptación al alfabeto latino, en cuanto al número y al valor fónico de los signos. Se han encontrado cerca de trescientas inscripciones ogámicas entre Irlanda, Escocia y Gales, todas funerarias y muy cortas (tan sólo una o dos palabras que solían reflejar el nombre del difunto y el de su padre). Los relatos legendarios irlandeses nos dicen que también se grababan sobre la madera y eran realizados por los druidas (excepto algunas por guerreros), para sus encantamientos u operaciones mágicas; cada vez que un druida grababa unos ogam adivinatorios o mágicos, lo hacía en una vara (con diversas caras, hasta ocho) de madera de tejo preferentemente; aunque en la Galia, la madera de tejo no es mencionada en los pocos encantamientos o adivinaciones de las que nos ha quedado huella.

Sobre las razones de porqué los celtas no se sirvieron de la escritura, nada más que conjeturas se pueden presentar, pero quizá ello pudiera estar relacionado con el hecho de que, utilizarla hubiera fijado, en un momento concreto del tiempo, un saber que debía vivir y revivir eternamente en base a la palabra y a la viveza, tanto de ésta como de su portador (ni siquiera en Irlanda se escribieron los textos mitológicos antes de la cristianización), representando así la escritura lo muerto a sus ojos. De forma que, no fue la no utilización de la escritura lo que acabó con todo ese saber acumulado, sino la irrupción de nuevas culturas y con ellas de nuevas concepciones y tradiciones que rompieron la cadena de transmisión oral.

Según César, los alumnos-as que deseaban convertirse en druidas necesitaban estudiar durante, al menos, veinte años de su vida hasta alcanzar la sabiduría necesaria para ello, mientras eran tutelados por sus maestros en grandes escuelas drúidicas (hasta que los romanos se hicieron con el control de diversos territorios celtas y, tras proscribir a los druidas, éstos tuvieron que dedicarse a enseñar en cuevas o bosques apartados, según Pomponio Mela<sup>8</sup>) instituidas en edificios o conjuntos de ellos llamados *Cors*, más que en torno a determinadas figuras instructivas, allí donde éstas se hallaran, o al aire libre. Por tanto, de ello se podría inferir que la casta drúidica estaba a cargo de la educación celta, instruyendo a los jóvenes no sólo en aspectos sociales sino también religiosos, etc. pero sólo unos pocos de los estudiantes continuaban instruyéndose hasta

---

<sup>8</sup> Pomponio Mela, III.2.18–19.

convertirse en druidas, mientras que los demás, adquiridos los conocimientos básicos para manejarse en la sociedad, dejaban sus estudios al poco tiempo.

César nos dice también que las enseñanzas que se impartían a dichos jóvenes se basaban en la memorización de una inmensa cantidad de poesías y siempre oralmente, ya que parece que entendían que la “Verdad” era la “Palabra” (por medio de la Verdad la tierra perduraba), por tanto ésta era sagrada y divina, no pudiendo ser profanada al ponerla por escrito (aunque ello podría referirse sólo a los celtas de la Galia, ya que las sagas irlandesas reflejan que los druidas de aquellos lugares leían y escribían en *ogham*, donde parece que cada letra tomaba el nombre de un árbol, pero la mayor parte de los textos conservados de dicha escritura en Irlanda, Gales y Escocia son de los s. V-VI d.C. ya en época cristiana por lo que no parece que esta se utilizara en épocas anteriores). Por su parte, las fuentes cristianas irlandesas nos informan de que existían libros celtas (quizá drúidicos) antes de la llegada de los cristianos, y que éstos, con especial celo se dedicaron a destruir para acabar con la religión pagana (en la Historia Contra los Paganos de Orosio Paulo se incluye una parte de la Cosmografía del Mundo escrita por Ético de Istria, quien viajó hasta Irlanda entre finales del s. III d.C. y principios del s. IV, dando cuenta de que allí pudo estudiar libros escritos por los habitantes del lugar llamados *ideomochos*).

Así, los druidas eran admirados por los autores clásicos en el sentido de que destacaban la sinceridad de sus creencias y enseñanzas, convirtiéndoles ello en ejemplos de justicia para con sus semejantes, pues la filosofía de los celtas se basaba en un sistema moral en el que se distinguía entre lo correcto (*fas*) y lo equivocado (*nefas*), entre lo lícito y lo ilícito, reflejado ello en una larga serie de tabúes (*geasa*). A pesar de lo cual, la literatura insular celta presenta multitud de acertijos, adivinanzas y juegos de palabras.

De este modo, la enseñanza organizada era una particularidad del mundo celta, y según las palabras de César, los privilegios que reportaba a sus integrantes el pertenecer a la clase drúidica, atraían a multitud de aspirantes, por deseo propio o por imposición de sus familias. Sin embargo, a veces sólo se buscaba recibir una educación básica (los nobles por ej. sólo parece que se instruirían en los niveles inferiores de conocimiento ya que tenían que ocupar su puesto en la sociedad y no podían permitirse estudiar demasiados años) y otras con la de convertirse en un miembro más de esta casta; por lo que no se trataba de una condición hereditaria (aunque frecuentemente los hijos de druidas seguirían los pasos de su padre en no pocas ocasiones) y, en principio, cualquiera que tuviera la capacidad necesaria podía convertirse en druida, si se esforzaba lo suficiente en aprender de su o sus maestros. Según se desprende de los relatos irlandeses, el número de alumnos asignados a cada maestro druida debió ser bastante elevado (quizá más de cien), a pesar de que sólo un pequeño porcentaje de ellos consiguieran convertirse en druidas. Con todo, el mero hecho de convertirse en alumno, no sólo proporcionaba al resto unos conocimientos básicos muy valiosos, sino que ello servía para darles prestigio social y las enseñanzas adquiridas permitían a los druidas perpetuar la tradición en gran parte de la juventud, aunque no parece que fueran gratuitas, por lo que ello limitaría mucho las posibilidades de acceso y duración de dichas enseñanzas a las familias más poderosas.

De modo que, a pesar de no emplear la escritura para transmitir y perpetuar sus conocimientos, las enseñanzas drúidicas abarcaban sino todos, prácticamente la totalidad de los campos de conocimiento de la época, que se impartirían en escuelas no necesariamente estarían ubicadas en las ciudades o asentamientos de cada zona. Es posible que pervivieran aún cierto tiempo en la Galia tras la conquista romana, a pesar de la creación de escuelas romanas en el territorio conquistado, siendo en Irlanda donde se mantuvieron durante más tiempo.

Sobre los métodos de enseñanza o las materias impartidas a los alumnos, sólo gracias a los textos irlandeses podemos saber sólo parte de todo ello; de forma que, podría especularse que cada druida enseñaría una especialidad en escuelas también especializadas, utilizando como vehículo de la información el verso (para todas las especialidades), por favorecer este la capacidad memorística para fijar una gran cantidad de conocimientos que no debían olvidarse nunca, pero los cuales sólo podrían ser entendidos y retenidos por los alumnos tras escuchar su explicación y eventualmente, la exégesis. En cuanto a las materias impartidas, con respecto a los druidas galos, César nos ofrecen unas breves líneas sobre ello y apunta enseñanzas como: la astronomía (no sólo con la intención de fijar el calendario, el tiempo y las estaciones, sino también para datar las fiestas y tanto los días fastos como los nefastos, así como con fines predictivos y adivinatorios), la cosmogonía y cosmología (a través de las cuevas explicaban lo relativo al mundo de los hombres y al de los dioses), fisiología (a la cual se refiere César como “sobre la naturaleza de las cosas” y que no se correspondería con la filosofía como tal, sino con la ciencia de la naturaleza, que también daba acceso a la adivinación), teología (entendida como la enseñanza de las relaciones de los dioses entre ellos y de estos con los humanos, siempre entendiéndolos como seres superiores); a las cuales habría también que añadir, la historia, el derecho, la poesía, la botánica, la música y muchas otras que desconocemos por no tener datos de ellas.

Así, la antigua clase intelectual irlandesa incluía, entre sus competencias, funciones muy diversas asignadas a personas determinadas que con el paso del tiempo se estructuraron mediante especializaciones como: el *senchae* (guardián de los anales y demás tradiciones pseudo-históricas de la comunidad, así como de las genealogías reales), el *líraig* (curandero especialista en plantas medicinales y cirugía mágica), el *deogbair* (escanciador de sustancias embriagadoras y alucinógenas), el *cruittire* (arpista maestro en armonías capaces de alegrar los espíritus o de hacer sucumbir a los hombres), el *fáith* (adivino, vidente e intérprete de presagios y augurios), el *breithem* (juez y maestro de la palabra certera), el *cainte* (poeta satírico y maestro de la palabra mágica cantada o recitada) y, por último, el *scélaige* (poeta épico, narrador de los relatos tradicionales y maestro de verdad).

En cuanto a la figura drúidica de los maestros de tradición, con independencia del nombre de su especialidad, los manuscritos irlandeses dan cuenta de un nombre específico para todos ellos, *fili* (*filid* en plural), el cual, tras la irrupción del cristianismo en la isla, terminó por adueñarse del campo semántico que había poseído el término *druí* (druida), utilizado hasta entonces

para designar al conjunto de la clase intelectual. Por lo tanto, es en la labor de estos *filid*, en tanto que grupo institucional heredero y equivalente del de los druidas célticos, donde debemos localizar los esfuerzos de la antigua comunidad irlandesa por preservar sus propias tradiciones orales. Éstos se dedicaron a memorizar las tradiciones de su comunidad para poder narrarlas posteriormente cuando así se lo reclamara su pueblo, durante las festividades más relevantes o en cualquier otro momento que se creyera oportuno. Sin ir más lejos, en la cuarta rama de los relatos galeses conocidos como Mabinogion podemos localizar una de estas situaciones especiales en las que el recitado de la tradición oral de un pueblo ocupa el centro de atención durante una reunión. Aunque pueda parecer inverosímil, los antiguos maestros de tradición eran capaces de regalar a su auditorio un relato distinto cada noche durante largos periodos de tiempo.

## V. LAS CREENCIAS DRUÍDICAS

Sobre la religión que profesaban los druidas y por ende el resto de la población celta, habría que comenzar explicando que, las mismas fuentes que nos dan determinados datos acerca de los druidas o sobre los celtas en general, no nos transmiten apenas datos sobre las creencias, cultos o rituales druídicos. Se han atestiguado, eso sí, cerca de cuatrocientos nombres de dioses y diosas celtas (muchos de los cuales fueron identificados más tarde por los autores clásicos con los dioses romanos) extraídos de entre todos los lugares donde estos habitaron en la antigüedad (aunque de ellos sólo sesenta y nueve aparecen en más de una ocasión y, de éstos, sólo podrían considerarse como principales a treinta o cuarenta, por lo que el resto debieron ser vistos como divinidades locales o teutates), por lo que se trataba de una sociedad claramente politeísta en la que los druidas desempeñaban, entre otros, un papel de mediadores entre los mortales y las divinidades, entendidas estas no como creadoras sino como sus ancestros que con el tiempo habían adquirido un carácter sobrenatural.

Parece ser que la divinidad más importante en el mundo celta irlandés fue el dios Lug (al cual se consagró incluso una ciudad, Lugdunum), identificado por los romanos (como dice el propio César) con Mercurio. Se le atribuye la invención de todas las artes, ser el guía de los caminos y los viajes, y la virtud para las ganancias del dinero y el comercio. Pero no se trata aquí de elaborar un estudio, ni siquiera breve, sobre la religión celta, por lo que dejaré este tema de lado, tras estos breves apuntes, para centrarme en algunas de las creencias druídicas, no sólo a nivel religioso, sino también social, que se les han atribuido por parte de las fuentes de que disponemos.

Según parece, existían diversas reglas que, cada miembro de una clase, no debía infringir bajo ningún concepto (principalmente los sacerdotes y los guerreros); aunque sería difícil sorprender a alguno de ellos cometiéndolos, ya que los druidas ignorantes o los guerreros cobardes no parece que tuvieran cabida dentro del sistema social celta. Así, el texto irlandés conocido como el *Glosario de Cormac*, no revela las tres faltas graves que debían evitar cometer los druidas y que eran contrarias a las reglas establecidas para su clase, las cuales se refieren a toda la sociedad porque se reparten entre los tres niveles funcionales. En el plano

sacerdotal, abusar de su posición para cometer algún acto injusto; en el plano de la función guerrera o regia, usurpar la monarquía; un en el tercer plano, el cometer adulterio. Siendo el castigo de todo ello la muerte ejemplar.

En cuanto a la, tantas veces mencionada por los autores clásicos, creencia de los druidas y de la sociedad celta sobre la inmortalidad del alma o metempsicosis, ésta se convirtió en una de las referencias a los celtas más típicas que reflejaron dichos autores (aunque siempre brevemente) y refiriéndose a los celtas continentales. La mayoría de dichos autores lo achacan a un intento, por parte de los druidas, de infundir valor en los guerreros (sin entender realmente su mentalidad) ante la probable muerte a que les llevaría su condición en cualquier batalla o enfrentamiento, pero habría que saber que, para los guerreros, eso sería algo normalmente asumido que no necesitaría de alicientes, ya que la guerra era habitual en estas sociedades. Así, se diría que los celtas creían en una metempsicosis entendida como una traslación de elementos psíquicos de un cuerpo (en este mundo) a otro (en el Otro Mundo), como reserva necesaria para cuando el mundo real necesite un alma para una nueva vida (ya fuera humana o animal ya que parece que también se creía en la transmigración). No obstante, quizá ello no podría aplicarse estrictamente a la mentalidad religiosa celta, ya que, aunque esta aparece atestiguada en algunos textos irlandeses, siempre se daba bajo una apariencia no humana y sólo la podían realizar unos pocos seres míticos predestinados a realizar una misión en este mundo. No suponía una traslación del alma a otro cuerpo en el Otro Mundo, sino más bien una metamorfosis temporal que interrumpía el curso normal de la existencia, pero sin cambiar su significado, por lo que se trataría en realidad de técnicas mágicas de alto nivel, más que algo relacionado con la inmortalidad del alma.

Por tanto, ésta sería aceptada por la sociedad celta y enseñada por sus druidas, como una continuación indefinida de la vida en el Otro Mundo, aplicable a todos los miembros de la sociedad, pues la inmortalidad era el destino normal del alma humana. En cuanto a la concepción del Otro Mundo, era visto como un lugar (al que se le dieron muchos nombres como los irlandeses: *Mag Mor* o “Gran llanura”, *Mag Meld* o “Llanura del placer”, etc. pero sobre todo *sid* o “paz”) en el que los difuntos llevarían una vida paradisiaca mucho mejor que la de los vivos, pues todo era bello, joven y puro; este se ubicaría hacia el lejano occidente (quizá en una isla), aunque los celtas irlandeses también lo colocaban a veces en el fondo de lagos. Aunque, la muerte no sería vista por los celtas, en base a ello, como la liberación de una vida de sufrimiento o el castigo por las malas acciones, sino como el punto medio de una larga vida a la que el difunto era conducido o guiado por unos seres, ¿quizá diosas?, con aspecto de mujer.

Una vez allí, dicho lugar carecía de cualquier jerarquización humana, se comía y bebía en abundancia de forma inagotable, no existía el tiempo ni el espacio y desaparecía toda culpa o enfermedad; por lo que se trataría de un lugar en el que reinaría la paz (aunque se han descrito a veces en textos irlandeses, guerras y batallas acaecidas allí, pero ello parece que se debía sólo a la extensión de las costumbres humanas). Así, los seres con forma de mujer provenientes del Otro Mundo eran consideradas como las mensajeras de los dioses, aunque muchas veces aparecían con aspecto de aves (preferentemente cisnes), y se aparecían en

estados de vigilia (no de sueño) cantando una suave melodía que nublaba los sentidos y anulaba la percepción del tiempo de quien las contemplaba.

De modo que, la música era una de las manifestaciones por las cuales el Otro Mundo se presentaba ante los vivos, sus mensajeras (en forma de ave y humana) solían cantar una música divina (con la ayuda de algún instrumento de cuerda que bien pudo ser un arpa, pues el dios druida Dagda poseía una) cuya perfección sólo correspondía a ese ámbito y que dejaba a las claras a su destinatario el origen del mensaje. Los dioses y los habitantes del Otro Mundo eran entendidos como eternos e inmortales, y por tanto para ellos el tiempo en este mundo no significaba nada, pues en su concepción sólo representaba un instante; por eso mismo tampoco estaban sometidos a las contingencias del espacio o la materia.

Sobre la doctrina de la inmortalidad del alma que profesaban y enseñaban los druidas, la escuela alejandrina estaba dividida sobre si los celtas habían desarrollado tal creencia por ellos mismos o la habían tomado de Pitágoras (lo cual es mencionado por algunos autores), quien en el s. VI a.C. proclamó la reencarnación o transmigración de las almas que pudo llegar a los celtas a través de un tal Zalmoxis, esclavo tracio de Pitágoras que volvió a su tierra donde extendió estas creencia (la cual había sido ocupada por los celtas, pero éstos sólo se asentaron allí durante un tiempo a lo largo del s. III a.C. mucho tiempo después de que viviera Pitágoras), por lo que desconocemos si dicha historia fue cierta y si lo enseñado por Zalmoxis en su patria pervivió hasta la llegada de los celtas, bien pudiendo estos creer en dicha doctrina con anterioridad a su llegada a Tracia, e incluso autores como Clemente de Alejandría proponen que fue Pitágoras el que tomo dicha creencia de los druidas celtas que, ya incluso por entonces, gozarían de una gran reputación intelectual como filósofos fuera del mundo celta (el propio Estrabón cuenta sobre ello una historia acerca del viaje de un druida celta, considerado en el texto como un hiperbóreo, llamado Abaris a Atenas, donde conversaría con Pitágoras).

Sobre Pitágoras no se ha conservado ningún escrito ni se sabe si realmente escribió algo de puño y letra, se trata de una figura misteriosa y muy polémica por sus enseñanzas entre los autores clásicos que aceptaban o se burlaban de ellas a partes iguales. Pensaba que las almas de los mortales eran en realidad dioses caídos y apresados en los cuerpos, por tanto ésta era inmortal y tras la muerte del “continente” se instalaría en otro cuerpo humano, animal o incluso en una planta, el cual sería determinado según las acciones que el vivo realizara a lo largo de su vida (muy en consonancia ello también con las creencias brahmánicas), pudiendo alcanzar la liberación de este ciclo eterno a través de la liberación de de las preocupaciones del mundo, al mantenerse “pura” mediante un austero régimen de silencio, autocontrol y abstinencia de ciertas cosas (como comer carne o judías).

Por su parte, los celtas pensaban que el alma del fallecido se transportaba a otro lugar y por tanto no moría, llegando al Otro Mundo (el cual se haría visible una noche al año en la fiesta de Samhain, 31 de octubre al 1 de noviembre, donde las puertas de otro mundo se abrían y sus habitantes podían salir a reclamar venganza contra aquellos que viviesen en este mundo y les hubiesen agraviado) donde continuaría su existencia hasta que, muriendo en aquel lugar, el alma

regresaría a este mundo en un nuevo cuerpo; produciéndose así un constante intercambio de almas entre sendos lugares (según Valerio Máximo, los celtas llegaron incluso a aceptar pagarés a cobrar en el otro mundo, e incluso Ateneo nos dice que vendían sus vidas para pagar deudas y procurar algún dinero a sus familias, pues tan firme parecía su creencia en él), llenándose las tumbas celtas de objetos personales, armas, comida y bebida para ser utilizados allí por dicha alma reencarnada. Por lo que, es muy posible que ambas concepciones se deban más bien a evoluciones y desarrollos paralelos que a influencias de la una en la otra o viceversa. En lo que se refiere a los textos irlandeses, quizá en éstos si aparezca algún tipo de migración de almas realizada a través de diversos animales e incluso granos de trigo, aunque más bien ello se relaciona con alguna especie de cambio de forma, en relación a la idea de unidad con la naturaleza, que con la reencarnación del alma.

En cuanto a la creencia celtica en la naturaleza sagrada de los bosques, sobre ello se ha escrito mucho y en ella parecen residir buena parte de las vías que regulan el acceso a las estructuras míticas que conforman el antiguo pensamiento céltico irlandés, ya que parece que éstos siempre mostraron gran estima hacia sus bosques. Ello se refleja en su concepción de los diversos reinos que conformaban el Otro Mundo y que aparecen reflejados en algunos relatos como *La postración de Cú Chulainn*, donde el reino feérico en el que se extiende *La Llanura del Placer* (Mag Mell) aparece descrito como una región donde crecen gran cantidad de determinados árboles que no cesan de dar frutos, por lo que ello muestra una antigua creencia según la cual dicho lugar era concebido como una región donde la fertilidad, reflejada en la abundancia de sus árboles y bosques, contribuía a reforzar la idea de que allí la sociedad y la naturaleza convivían en perfecta armonía.

Esta concepción irlandesa sobre el carácter sagrado de los bosques no debía de ser ajena a los celtas continentales, ya que diversos autores clásicos nos hablan de ello e incluso las voces irlandesas *noíb* (“sagrado”), *neimed* (“santuario”, “lugar sagrado”), se corresponden con el gallo *nemeton* (“claro del bosque”), que adquiriría un aspecto sagrado, no sólo por el propio lugar, sino también porque sabemos que los druidas se reunían en estos lugares (entre otros) para debatir entre ellos y enseñar su doctrina a sus discípulos. Además, como aparece relatado en diversos textos irlandeses, los miembros de la clase sacerdotal contaban con elementos relacionados con la naturaleza y los bosques en forma de cetros, báculos, ramas o varas, procedentes de determinados árboles cuya utilidad mostraba simbólicamente la relación que unía a su portador con lo sagrado que representaban aquellos, y que se puede apreciar en la descripción de la recolección del muérdago que aparece en la Historia natural de Plinio el Viejo<sup>9</sup>. El muérdago es una planta parasitaria que sólo sobrevive gracias a la savia que extrae de los árboles sobre los que crece y de los cuales se nutre, pero su favorito no es el roble, sino el manzano; lo cual no influye en el significado de la recolección que Plinio describe, pues lo verdaderamente importante es que el muérdago era compañero inseparable de algunos de los árboles que los celtas

---

<sup>9</sup> *Historia Natural*, XVI, 243-251

siempre consideraron sagrados (incluso se mantiene aún verde en invierno cuando el resto del árbol parece sin vida) y de los cuales extrae su fuerza vital, por lo que es posible que el motivo por el cual lo empleaban no se encontrara muy alejado de la cualidad simbólica que poseía esta planta para ilustrar la naturaleza y la procedencia de la sabiduría druídica (junto con las aguas sagradas asociadas principalmente a pozos, fuentes, ríos, etc., de las cuales también se nutrían los arboles y donde el salmón, asociado a esos lugares, suele aparecer en los relatos irlandeses como el transmisor que regala preciados conocimientos a quien consiga capturarlos y consumirlos).

## BIBLIOGRAFÍA

CÉSAR, Cayo Julio. *Comentarios de la guerra de las Galias*; [traducción del latín por José Goya y Muniain]. Espasa-Calpe. Madrid. 1983.

BERRESFORD ELLIS, Peter. *Druidas. El espíritu del mundo celta*. Oberon, Madrid, 2001.

GARROBO ROBLES, Raúl. *El druida, el rey y la soberanía sagrada. Aspectos míticos del antiguo pensamiento céltico irlandés a través del espejo de la primera Grecia*. Eikasía. Revista de Filosofía, año III, 17 (marzo 2008).

GUYONVARCH, Christian J., LE ROUX. Françoise. *Los Druidas*. Abada Editores. Madrid. 2009.

HUTTON, Ronald. *Blood and Mistletoe: The History of the Druids in Britain*. New Haven, Yale University Press, 2009.

LÓPEZ FERREZ, Juan Antonio. *Los celtas en la literatura griega de los siglos VI-I a.C.* CFC (G): Estudios griegos e indoeuropeos. 2006.